



## *El por qué, el para qué y el cómo de la vocación del laico dominico<sup>1</sup>*

*Fr. Francisco R. Fassio, O.P.*

Cuando me encargaron esta charla, me enviaron una serie de preguntas como guía: "¿Qué pueden ofrecer hoy los laicos dominicos a la sociedad? ¿Por qué vivir la vida cristiana laical como dominicos? ¿Qué puede aportar un laico dominico a la Familia Dominicana y su misión? ¿Cómo ofrecer la vida laical dominicana a otros laicos?"

Estas preguntas tienen mucho sentido. Solo desde la conciencia de lo que somos podremos ofrecernos realmente a los demás. Solo desde nuestra identidad gozosamente vivida, sabremos encontrar los caminos para nuestra misión. Como dijo un pensador: "Sabviendo el por qué y el para qué, siempre se encuentra el cómo".

¿Por qué se es laico dominico? Cada uno de vosotros y vosotras puede contar los pasos que le llevaron a serlo, pero lo más importante es tener claro por qué seguís siéndolo ahora y qué papel juega ello en la totalidad de vuestra vida.

Quizás para alguno, ser dominico es sólo un añadido. Tiene su manera de pensar, ser, actuar y relacionarse y "además" en ciertos momentos del día, o de la semana, o del mes o del año, en una oración, una reunión, una celebración se siente integrante de algo que se llama "Fraternidad laical dominicana" o de algunos de los grupos de espiritualidad dominicana. Pero ser dominico (laico, monja, fraile o religiosa), no es un añadido: es un carisma del Espíritu y hay que darle toda su importancia a este hecho.

El carisma es el modo concreto, suscitado por el Espíritu Santo, de ser cristiano en la Iglesia al servicio del Reino en este mundo. No es una circunstancia. Es una identidad. Como decía el Padre Congar de sí mismo: "yo soy ontológicamente dominico". Es mi manera real de ser y desarrollarme como persona y cristiano. En el Pueblo de Dios, y gracias al bautismo, no hay cristianos con carisma y cristianos de a pie, masa indiferenciada: hay miembros distintos del Cuerpo de Cristo, cada cual con sus dones para una misión o tarea a favor del crecimiento total de este mismo Cuerpo.

El carisma es, a la vez, don y tarea. Don porque es un regalo de Dios: una llamada suya a la vida y a la fecundidad: transmitir con la propia persona, la palabra y la acción a los demás la misma vida de Dios. La experiencia del profeta Jeremías tiene que ser la experiencia de todo cristiano:

*Antes de formarte en el vientre te conocí;  
antes que salieras del vientre te consagré,  
te constituí profeta de las naciones.  
Yo dije: ¡Ah, Señor, mira que no sé hablar, que soy un niño!  
Y el Señor me respondió: No digas "soy un niño":  
pues adonde yo te envíe, irás,  
y todo lo que yo te ordene, dirás. No les tengas miedo,  
porque yo estoy contigo para librarte. (Jer 1, 4-8)*

Nuestros talentos, dones y gracias no las tenemos como adorno, sino como utilidades para hacer el bien a los demás desde nuestro determinado carisma.

Y el carisma es, también, tarea. La tarea de reconocerlo, aceptarlo, asumirlo, ejercerlo, formarse para ello, ser fiel y coherente con ello. Santificarse es desarrollar mi carisma en unión con el Señor y al servicio de su Reino aquí y ahora, en las circunstancias de la vida presente.

Por eso, para nosotros, ser dominicos, no es un añadido, una simpatía, una devoción. Es una vocación en la que se juega nuestra vida actual y nuestro destino en Dios más allá de la muerte.

La segunda pregunta clave es ¿qué es ser dominico? Desde las constituciones primitivas de 1216 se dice que la Orden de Predicadores fundada por Santo Domingo "fue instituida específicamente desde el principio para la predicación y la salvación de las almas". Lo cual lleva consigo un estilo de vida: "para lo cual compórtense en todas partes virtuosa y religiosamente (que podríamos traducir hoy ser buenas personas y buenos

cristianos) como quienes desean conseguir su propia salvación y la del prójimo; y sigan, como personas evangélicas las huellas de su Salvador, hablando con Dios o de Dios en su propio interior o al prójimo" (LCO 1, 11). Meditar estas palabras para llevarlas a nuestra realidad sería el modo más útil de conocer a qué nos ha llamado Dios y para qué, con su gracia y dones, nos capacita, qué es lo que espera de nosotros y qué nos preguntará a la hora del examen final.

¿Y cuál es el contenido y el medio vital de nuestra predicación? Lo podemos expresar con tres indicadores:

- 1) Nuestra predicación es predicación de la gracia (cf. la escena en la sinagoga de Nazaret Lc 4, 14-37) frente a la necesidad de salvación integral, y al contrario de las respuestas de los saduceos, fariseos, celotes, bautistas, etc., la alternativa de Jesús consiste en inaugurar un mundo renovado a partir de una comunidad nueva que se apoya en la experiencia de Dios como Abba y con los modos y sentimientos de Cristo gracias a la fuerza del Espíritu que regenera, reúne y empuja.
- 2) Es predicación desde la experiencia personal de la gracia (como la de Zaqueo Lc 19, 1-10). Hoy ha entrado la salvación a esta casa. O la experiencia de Pablo (por ejemplo, en la Carta a los Filipenses expresa lo que es su vida, su fe, la conciencia de su misión, sus sentimientos comunitarios. Es el mejor reflejo del Pablo apóstol, modelo ideal de los dominicos de la primera generación, como lo indicaron al poner su nombre a muchos de sus conventos).
- 3) En comunidades donde se comparte la gracia hecha misericordia con los de dentro y los de fuera (sermón de la montaña, Mt 5, 1-7.27).

Una última pregunta ¿qué aportan los dominicos laicos a nuestro mundo, a la Iglesia, a las otras ramas de la Familia, a los otros movimientos eclesiales?

Ante todo, describamos lo que es un laico con la ayuda del Concilio Vaticano II:

Los laicos tienen su parte activa en la vida y en la acción de la Iglesia, como partícipes del oficio de Cristo sacerdote, profeta y rey. (AA 10a) Sacerdote para unir a la humanidad con Dios, profeta para proclamar la Buena Noticia, rey para dominar las fuerzas del mal mediante la instauración del Reino de Dios.

El carácter secular es propio y peculiar de los laicos... A los laicos corresponde, por propia vocación, tratar de obtener el reino de Dios, gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios. Viven en el siglo, es decir, en todos y cada uno de los deberes y ocupaciones del mundo, y en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social, con las que su existencia está como entretejida (LG 31b).

Como lo propio del estado laical es vivir en medio del mundo y de los negocios temporales, Dios llama a los laicos a que, con el fervor del espíritu cristiano, ejerzan su apostolado en el mundo a la manera de fermento (AA 2b). Unión de la llamada de Dios y de la misión; como fermento (sin triunfalismos impositivos propios de los nacionalcatolicismos).

Los laicos incluso en las ocupaciones seculares deben ayudarse mutuamente a una vida más santa, de tal manera que el mundo se impregne del espíritu de Cristo y alcance su fin con mayor eficacia, en la justicia, en la caridad y en la paz. En el cumplimiento de este deber universal corresponde a los laicos el lugar más destacado (LG 36b). Es una vocación y misión profundamente personal, pero no individualista:

Los laicos están especialmente llamados a hacer presente y operante a la Iglesia en aquellos lugares en que sólo puede llegar a ser sal de la tierra a través de ellos (LG 33b).

Teniendo en cuenta estos principios ¿qué puede y tiene que aportar el laico en general y el laico dominico en particular a la Iglesia?

Yo creo que la acción y la valoración del papel del laico es la "prueba del algodón" de que en la Iglesia creemos en el dogma fundamental de la encarnación: Dios se hizo hombre, para que el hombre se haga hijo de Dios.

En efecto: el laico, en su labor de sacerdote, profeta y rey, atestigua que la realidad es creación buena salida de las manos de Dios; que no hay nada malo o impuro en sí, sino que el mal es la mala utilización de lo bueno. Que el pecado, el mal y la muerte quieren ser vencidos por Dios y por ello nos compromete en la lucha por el bien, la justicia y la paz. Que para eso Dios se hizo hombre y en Jesús nos muestra cómo ser plenamente humanos y cómo, desde la realidad más cotidiana (Nazaret) se construye el Reino de Dios. Cómo el Espíritu obra en lo extraordinario, sí; pero sobre todo en lo ordinario hecho extraordinariamente. Es decir se enfrenta, como Santo Domingo, con todos los maniqueísmos cátaros que son en el cristianismo una tentación permanente.

Sin esta consideración y valoración de los laicos, la Iglesia toda cae en la tentación de ser dualista (lo material es malo o impuro), clericalista (sólo los clérigos son Iglesia en sentido pleno), machista (dado que sólo los clérigos son la Iglesia en sentido pleno, la mujer no es plenamente Iglesia) y evasivista (solo se puede llegar a Dios huyendo de la realidad en una espiritualidad que se vive aparte y en contra de la vida secular cotidiana: familia, sociedad, política, economía, cultura, sexualidad, etc.).

¿Y qué aporta el dominico y la dominica laicos a la Familia Dominicana? Para comprenderlo, nos puede ser útil una imagen de las relaciones entre las ramas de la Orden.

La Orden Dominicana no es un árbol formado por los frailes del que penden distintas ramas subsidiarias: las monjas, las hermanas, los laicos, de modo que, con tal que se mantengan los frailes, la Orden está garantizada en su vida y misión. Así se ha pensado durante mucho tiempo. Los frailes serían la "primera Orden", las monjas "la segunda Orden" y el resto "la Tercera Orden": los terciarios. Esta imagen choca con la historia (las monjas fueron fundadas antes que los frailes; en la exclaustración fueron las monjas, los laicos y las nuevas congregaciones de hermanas las que aseguraron en gran medida, la presencia y subsistencia de la Orden). Además, parte de un concepto reductivo de la predicación: la predicación es igual a homilía. Dado que la homilía está reservada a los sacerdotes, sólo los frailes (y los frailes sacerdotes, por lo que los frailes no ordenados serían solo "cooperadores") cumplen con el ideal y el nombre de la Orden. Las demás ramas no serían en verdad y por sí mismas "Orden de Predicadores".

Pero, si "predicación" equivale en realidad a "evangelización íntegra de la Palabra de Dios con la palabra y el ejemplo a toda criatura en todo ambiente", no se puede negar que todas y cada una de las ramas de la Familia son "Orden de Predicadores". Nuestro nombre no es "Orden de Frailes Predicadores", sino Frailes, Monjas, Hermanas, Laicos "de la Orden de Predicadores".

Otra imagen, que me ha sido sugerida por el MJD, es la de la planta de juncos. Es una sola raíz, pero cada rama es distinta y autónoma. Valora esa igualdad fundamental en orden al carisma y a la misión. Sin embargo, me parece insuficiente, porque no se trata de que vivamos en paralelo.

Para mí, una imagen simbólica válida sería la de un cesto de mimbre. Está formado por distintas ramas, pero para que pueda contener algo y ofrecerlo al que lo necesita (en nuestro caso la Palabra viva de Dios contemplada, estudiada, vivida y compartida en comunidad), se precisa que esas ramas estén entrelazadas, se dejen entrelazar, aunque quede espacio entre ellas, y juntas, aunque diferentes, sean útiles a la evangelización.

Desde este entrelazado vital, los laicos nos ayudan a las distintas ramas a mantener nuestro "equilibrio dominicano", es decir, para que lo específico de nuestro modo de vivir el carisma, no se desnivele peligrosamente. Por ejemplo, a las monjas de la Orden, les recuerdan con su vida y acción que la contemplación de la dominica claustral es siempre "apostólica" en la intención, en la exigencia, en la radicalidad, en la finalidad.

Como en las demás ramas, la vocación de la monja no se realiza simplemente en ser buena o santa, sino "en ser útil a la salvación de las almas". Su contemplación está contextualizada en este mundo donde se construye el Reino.

Para los frailes, los laicos dominicos, son un elemento necesario de encarnación realista. Por nuestra vida religiosa y el sacerdocio, que nos separa más o menos, del modo de vida secular y sus tareas, por nuestro trabajo de reflexión que necesita tiempo, análisis y cierta distancia de la realidad y su ritmo frenético de cambio, tenemos el peligro de intelectualismos ideológicos, morales y personales. Los laicos nos hacen ver al Dios de la vida en la vida aquí y ahora de Dios.

Las hermanas son las que de mejor modo en la práctica se han dado cuenta de que su misión es ya imposible sin la ayuda de los laicos y han comprendido que no se trata únicamente de encomendarles la gestión de aquellas obras exteriores que no puedan ser llevadas por ellas a causa de la crisis vocacional, sino, más profundamente, de ir formando laicos que, empapados y convencidos del espíritu de Domingo, sean partícipes del carisma y la misión de la Familia a través de la congregación respectiva.

Los laicos dominicos, por su parte, necesitan de la compañía y del intercambio de las demás ramas: las monjas les indicarán que toda vida y toda acción que no se fundamente en la contemplación de Dios, su Reino y sus caminos, no tiene ni sentido ni viabilidad. De los frailes, que sin la Eucaristía y demás sacramentos, sin Palabra de Dios, sin estudio, reflexión, preparación y proclamación explícita de Jesús, su trabajo secular es puro funcionalismo y su espiritualidad es puro devocionalismo para tranquilizar conciencias. Las hermanas, a través de su consagración religiosa, les mostrarán la posibilidad y la necesidad de la fidelidad en su vocación

de dominicos laicos. Fidelidad que resista la prueba del tiempo y las contradicciones, para que su compromiso no sea un compromiso "light" y a la carta. Que ser laico dominico no es quedarse a medio camino entre el bautizado sin más y el religioso, sino que su compromiso es tan valioso, tan radical y tan exigente como la consagración religiosa.

Alguien dijo que los dominicos nos hemos caracterizado en la historia por hacer lo difícil, no tener mucha conciencia de ello para sacar las consecuencias, y no hacer lo más fácil. El Espíritu está suscitando hoy nuevas formas de vida comprometida en la Iglesia en las que se unen en un mismo carisma, espiritualidad y proyecto misional a clérigos y laicos, consagrados y laicos, hombres y mujeres, célibes y casados, comunidades y familias. Nosotros lo llevamos haciendo ocho siglos, pero sin mucha conciencia, sin mucha coherencia y sin sacar todas las virtualidades y posibilidades de ello. La responsabilidad por predicar la Palabra viva y vivificante de Dios a los hombres y mujeres de la sociedad de hoy, puede ser el gran estímulo dinamizador que necesitamos.